

MADRID: por tres meses 9 reales, por sis 14, por un año 20.



PROVINCIA: por tres meses 9 rs., por seis 17, por un año 30.

EL MENSAJERO DE LAS MODAS,

REVISTA MENSUAL DEL MUNDO ELEGANTE.

Gratis á los Suscritores al Semanario Pintoresco Español.

ADVERTENCIA.

Con este número cesa la publicacion de EL MENSAJERO DE LAS MODAS, periódico que, como saben nuestros lectores, no tuvo otro objeto que servir de regalo á los suscritores al SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, durante el año de 1852.

MODAS.

El Album de señoritas publicó en su número del 24 las siguientes noticias de modas:

De todas las festividades del año, la que mas eco tiene en los corazones jóvenes, es sin duda alguna la Pascua de Navidad. Es cierto que no viene, como la Pascua de mayo, acompañada de flores, ni seguida de los alegres días de la primavera; pero ¿qué importa, si llega cargada de dulces, de turrónes, de joyas, de cachemiras, de blondas, y sobre todo de aguinaldos?

¡Aguinaldos! Palabra mágica que escita el anhelo, la curiosidad y el deseo del que lo espera, y el capricho, la inteligencia y hasta el talento del que tiene gusto ó precision de hacerlo.

Los que regalan hacen cada año un viaje, científico, por decirlo así, en busca de lo nuevo y de lo desconocido, alrededor del mundo de la industria y de la moda, que ostentan las maravillas de su invencion, orgullosas de que se las arrebaten.

Dejemos á los gastrónomos y á los niños la parte confortable del aguinaldo; dejemos á las dichosas de la tierra las brillantes superfluidades artísticas, cuya coleccion adorna sus tocadores, sus consolas ó sus armarios acristalados, y ocupémonos un poco de aquellos objetos útiles y lindos que pueden agradar á un mismo tiempo al capricho y á la razon, de aquellos con que un papá cariñoso premia la aplicacion y el estudio, ó que un esposo tierno ofrece como galante recuerdo.

NÚMERO 12.

Colocamos entre estos objetos aquellos artículos de lujo y elegancia de que la moda es tan pródiga.

Por ejemplo, un adorno de flores de blonda, deliciosa novedad que reinará sin duda en las reuniones de este invierno: nada hay mas ligero, mas gracioso que estas flores vaporosas, que no pesan lo que un suspiro, y que se aceptan como un ramillete.

Clasificamos tambien como tal un prendido de blonda con plumas y marabús, que brillan con una lluvia de oro.

Lo es asimismo una redecilla de oro y perlas, dispuesta con tanta gracia como buen gusto, de las que se ven algunas en almacenes que no queremos nombrar, porque todos conocen.

Lo es, sobre todo, un lindo traje, un fichú ricamente bordado; lo son unas mangas de hechura nueva; pero pensando en los regalos de Navidad nos hemos desviado del principal asunto de este artículo, que son las modas.

Las mangas de muselina, con muchos órdenes de follados, se llevan para traje de visita y paseo, con un fichú con cuello, porque el cuerpo del vestido debe ser alto y cerrado para estas ocasiones. Para traje de noche, las mangas pueden ser de tul con dos órdenes de encaje, y encima de estos un follado, dentro del cual pasa una cinta que forma un lazo sobre la manga: el color de la cinta debe guardar armonía con el vestido: si este es abierto, el fichú debe tener encajes correspondientes á los de las mangas, colocados en escala trasversal, y entre uno y otro encaje un lazo de cinta correspondiente.

Se observa que en general las mangas son mucho mas estrechas que el año pasado, ganando en gracia lo que pierden en amplitud. Las mangas de duquesa (hablamos de las blancas), ó sean con un puño un poco ancho para que la mano pueda pasar con facilidad, hacen muy buen efecto, y se llevan mucho, principalmente para calle y paseo. Se ha reconocido por fin el inconveniente de las mangas pagodas, que descubren el brazo y dejan entrar el aire, en la estacion cabalmente en que mas necesidad hay de lo contrario.

Para vestidos nos remitimos al lindo figurin que acompaña, en el que encontrarán nuestras amables lectoras los modelos de mas novedad.

DICIEMBRE 1852.

EL PESCADOR.

¡Miradle allí cual surca en su ligera barquilla las apacibles ondas de aquel río que baja suavemente murmurando entre dorados cauces! Mirad cómo mece la brisa sus dorados cabellos, mientras al sordo ruido de los remos que agitan sus manos, preludia una canción melancólica. Canta, y los armoniosos sonidos que se desprenden de su voz, parecen perderse en lo mas espeso del bosque. Solo el aire que agita dulcemente las copas de los robles vuelve un eco á su canción. ¡A su canción, que aunque triste y dolorosa es la que mitiga algun tanto sus pesares, y en la oscura soledad en que está sumido, vuelve la calma á su pecho! Su canción que es su hoz y su guía, cuando hiende su barquilla la tersa corriente del río. ¡Miradle allí! Fija la vista en una estrella lejana que se divisa en el horizonte, redobla sus vagorosos suspiros, y apretando convulsivamente los remos que ahora azotan con fuerza las aguas, parece gritar á su bajel: ¡boga! ¡boga! Su semblante alumbrado en todo su esplendor por la luna, demuestra la ansiedad, mientras sus fuerzas se debilitan de conducir tan rápidamente su lancha. Sin embargo, ya sea estimulado por su mismo sentimiento, ya sea con el objeto de destruir radicalmente este, aun canta, y los melodiosos sonidos de su música se confunden suavemente con el murmullo del agua que azotan tranquilamente los remos. Y su barca boga, boga mientras tanto impelida por el céfiro de la noche. Noche apacible y de amor, que impone á la par que inspira, y cuyo silencio es tan solo interrumpido por el murmullo del agua, por la brisa que besa las flores y agita las hojas de los árboles, por el suspiro que exhala el pecho del enamorado cantor. Risueña la luna en sus húmedos albores y rodeada de su corte de estrellas, tiende sus argenteos rayos sobre la diáfana corriente, que parece de plata al solo reflejo de su vislumbre. Las arenas de oro que arrastra en su curso el río y que adornan sus orillas, brillan y centellean, pareciendo á la simple vista una imagen pálida de las estrellas del cielo. Noche de encantos, noche de felicidad en que la doncella se entrega á sus amorosos pensamientos, el poeta á sus ilusiones, el filósofo á la meditación. ¡A la meditación! Sí, la fantasía mas apática y mas calenturienta, ¡no ha adorado alguna vez en el silencio de la soledad al que rige esos espectáculos grandiosos de encanto y de recreo, de estudios y de meditación, y elevándose á consideraciones altamente filosóficas, no se ha creído mil veces inferior y pequeño á todo cuanto le rodea? Mirad ese bosque. Ese bosque cuyos contornos baña cuidadosamente el apacible río que susurra á nuestros oídos, y que se desliza á nuestros ojos como un cristal transparente. Aquí un frondoso sauce tiende sus verdes y espesas ramas coronadas de hojas, sobre el rústico banco que parece que convida á descansar bajo su sombra. Allí un bello cenador adornado de pámpanos extiende su fresca y olor alrededor de una mesa campestre circundada de aromosas plantas. Mas allá eleva la palmera sus ramas triunfantes, sobresaliendo majestuosamente entre los demás robles. Aquí serpea un arroyuelo, y su cristalina corriente baña las plantas de una azucena. Allí una galería de rosas abre paso á una fontana pura, en cuyas limpias aguas suelen mirarse como en un espejo las doncellas del bosque. Por do quiera, en fin, se encuentran bellezas que admirar, y que un pincel maestro podía trasmitir á un lienzo, ya salga la aurora iluminándole en todos sus ámbitos, ya la abrasen los rayos del sol en las horas de la siesta, ya salga la luna á reemplazarle llena de frescura, de amor y de silencio. A primera hora vemos cuál canta sus tiernos sentimientos el canoro ruiseñor. Al mediodía el ganado del pastor se esparce soñoliento sobre la verde grama, y al sonreír Diana entre purpúreas nubes, sonríen también las vecinas doncellas que salen á respirar el ambiente de la noche, mientras mil barcas surcan el apacible río conducidas por jóvenes pescadores.

Mas, ¿cómo es que en una noche tan bella como esta no mece el río mas que una sola lancha, y un hombre solamente es el que interrumpe el fúnebre silencio que reina por do quier? ¿Cómo todo se halla en reposo mientras este hombre se agita intranquilo? ¿cómo él vela mientras todos duermen?

Miradle. Ya no entona con melancólica voz la triste trova que poco antes era su embeleso. Sumido en profundas meditaciones, abandona su barca á la ventura, porque ya no tiene fuerzas bastantes para conducir los remos. Pálido su semblante indica que dentro del pecho oculta un pesar que le consume, mientras sus ojos clavados en su constante compañera, parece que quieren evocar recuerdos extraños á su memoria. Recuerdos tristes y agradables á un mismo tiempo para él, y que ahora sin duda alguna son el principal objeto de su absorción. En efecto, parece que murmura entre dientes, parece que bañado en suspiros sus labios pronuncian un nombre. ¡Un nombre! Ved cómo la

brisa viene á agitar ahora sus cabellos dorados, y murmura lasciva en torno de su cabeza, estampa por despedida un beso en su boca. En su boca que se abre en este momento para dar paso á un profundo ¡ay! acompañado de un nombre que la brisa recoge con celeridad, y hace zumbir por la enramada del bosque. Este nombre es Genoveva. Y Genoveva, vuelven á repetir sus labios, hasta que un ruido no extraño viene á herir sus oídos. Le hace coger los remos. Aquella estrella lejana que se divisa en el horizonte, parece que recobra mas vida y magnitud, y que aproxima á medida que adelanta el bajel del pescador. ¡Pobre pescador, con qué temor mezclado de dudosa alegría contempla aquella luz, al mismo tiempo que desea ardientemente llegar a ella! ¡Oh! Si tuviera alas traspasaría el espacio con la rapidad del águila. Pero no obstante, aun tiene energía para hacer correr su barquilla, la cual se desliza ligeramente por las cristalinas ondas. Ya ha ganado mucho terreno, ya se va acercando a la ansiada playa, desde la cual se ve una mano de ángel que agita un pañuelo blanco. ¡Pobre pescador, y cómo boga, cómo boga y cómo jadeando de fatiga se propone ganar en un instante la corta distancia que le separa de su amada! ¡De su pobre amada que ha estado esperando toda la noche con la mayor impaciencia contando las horas y los minutos que le faltaban para su llegada! ¡De su pobre amada que al divisar la barca á los rayos de la luna le ha hecho una seña con su pañuelo blanco, lanzándose á la orilla del río llena de alegría, pero de una alegría mezclada de cierto temor, como la de su joven remero! ¡Pobres amantes! ¿Qué temen? A cada momento vuelve la doncella su hermosa cabeza hacia una luz que tiene cerca de sí, y que á lo lejos parece una estrella que se divisa en el horizonte. Pero ¡ay! ¡no es una estrella! es una choza situada entre frondosos árboles, en cuya puerta brilla la luz de un farol que atraviesa vivamente las ramas. Mirad, ya ha llegado la barca á la orilla. Dos suspiros se elevan al aire exhalados á un mismo tiempo por dos pechos enamorados. ¿Veis? El melancólico pescador se ha trasladado de un salto al lado de su amada. Ya no son dos ayes los que recoge el céfiro volador, son dos exclamaciones de alegría, dos sonidos perceptibles y armoniosos que se pierden á lo lejos, y que turban el silencio de la noche, y que repiten suavemente las ondas del río, y que agitan las ramas de los árboles que coronan el bosque.

Son dos nombres que al tiempo de abrazarse los dos amantes, han salido involuntariamente de sus corazones: «¡Claudio! ¡Genoveva!»

Blanca como la lámpara silenciosa que luce en la bóveda del cielo, bella y rosada como la flor de la mañana cuando coronada de rocío abre su dormido cáliz á los rayos del sol naciente, pura como la canción de Filomena, Genoveva por la primera vez en su vida ha saltado de su lecho, ha abandonado la choza de sus padres para venir á saludar á su amante á una hora tan avanzada. Pero no, son virtuosos los dos jóvenes y no se han citado esta noche para hablar de amor. Y sino mirad: la blanca pupila de la doncella ha brotado una lágrima, una lágrima que á la opaca luz de la luna parece una perla que surcando su pálida mejilla, ha venido á parar sobre su labio de rosa. Una lágrima que averla el joven pescador se ha sentido vivamente conmovido, y á pesar de los esfuerzos que ha hecho para detenerla en su curso, una lágrima han destilado tambien sus ojos.

¿Qué significa este silencio que reina entre los dos amantes, tan solo interrumpido por su respiración difícil y angustiosa, por sus suspiros bañados con sus lágrimas?

—Huyamos, dice al fin el pescador Claudio abrazando á su amada; huyamos, Genoveva. Si permanecemos mas tiempo en este mismo sitio, vendrá el nuevo día á sorprendernos, y con él vendrá por segunda vez nuestra infelicidad y nuestro infortunio. El yugo de tus bárbaros padres no tendría límites, y encerrada en una mazmorra te impedirían ver la luz del sol. ¡Pobre amada mía, tan joven, tan hermosa y tan desgraciada! ¿Qué sería de tí si la avarienta muerte me arrebatase en lo mas florido de mis días? ¿Qué sería de tí cuando sola te encontrases, sin un corazón que comprendiese el tuyo, sin una mano que te arrancase del seno de tu familia, sin una persona que te amara tanto como yo, y que supliría mi falta con la mayor inteligencia? Criados ambos en este bosque que ha sido nuestro primer asilo, que ha velado nuestros primeros sueños, que ha visto nuestros juegos y sorprendido nuestras miradas, nuestra niñez se desliza ba susurrando placentera é inocentemente como el infante arroyuelo que al salir del seno de su madre se precipita riendo á su encantada vida, arrastrando en su carrera flores y granitos de oro. Pero ¡ay! tus hermanos, que siempre fueron los queridos de tus padres, envidiosos de tu hermosura y de tu candidez, te cobraron un odio eterno, y te hicieron tambien aborrecible á los ojos de los mismos que te dieron el ser. Desde entonces empezaste á sufrir, amada mía; desde entonces empezaste á experimentar los sinsa-

boreas y fatigas de una vida amarga y esclava. De una vida amarga y esclava que sabías soportar con la mayor resignación y dulzura, porque la imagen de tu Claudio se hallaba constantemente fija en tu memoria. Sí, la imagen de tu Claudio te hacía llevadero el yugo de tus bárbaros padres y hermanos, porque él solo te ama y vela por ti, y cuando en medio de nuestra soledad y dolor aun vemos un corazón que nos compadece y nos ama, parece que recibimos un grande consuelo, y que nos hacemos superiores á nosotros mismos para resistir con nueva fuerza los peligros y vicisitudes que casi momentos antes nos hicieran sucumbir. Pero hoy ha llegado el yugo de tus tiranos al último grado de inhumanidad á que podía llegar. Quieren separarnos para siempre, encerrándote á ti donde nadie te vea, y á mí haciéndome morir lejos de tu lado. Jamás, Genoveva; Dios ha formado nuestros corazones para que esten eternamente unidos, y los hombres no pueden deshacer lo que su Dios mismo ha hecho. Huyamos pues: lejos de estos sitios nos esperan la tranquilidad y la dicha, aquí el infortunio y la muerte. Mi barca está en la orilla, mi pobre barca que tantas veces ha oído nuestras palabras amorosas, que tantas veces nos ha servido de lecho en las noches de primavera, que se ha sonreído en medio de nuestra ventura y ha llorado en nuestro largo padecimiento, mi pobre barca nos volverá á ver felices ó morirá con nosotros. Ella protegerá nuestra fuga. Sí, nuestra fuga: mira cómo ya se oculta la luna entre purpúreas nubes, y sus pálidos rayos se desvanecen poco á poco entre las sombras, dejando en pos de sí una lóbrega oscuridad. Oscuridad que nos favorece, y por en medio de la cual puede bogar nuestra lancha sin temor de ser descubierta. Huyamos, Genoveva; nada temas estando á mi lado; mi amor te servirá de egida en los peligros, de apacible lecho en tus sueños, y de tabla en los naufragios.

Nada responde Genoveva: apoyada su cabeza sobre el hombro de su amante, deja que sus ojos viertan raudales de lágrimas. De repente una densa nube que se extendió por todo el horizonte ocultó totalmente la luna á los ojos de los dos jóvenes, dejándolos sumidos en la mas profunda oscuridad. El aire que hasta entonces habia permanecido en calma empezó á zumbiar con fuerza agitando violentamente las hojas de los árboles, al mismo tiempo que la barquilla, que parecia una tabla que conducia dos sombras, empezó á flotar ligeramente sobre la superficie del rio, impelida fuertemente por el viento, que en un instante reemplazó á la candorosa brisa. La barca se perdía rápidamente por entre las neblinas de la noche, y de vez en cuando salían de ella prolongados suspiros que sofocaban la menor ráfaga de viento. Suspiros que, oídos perceptiblemente, se hubieran dicho que contenían una tierna palabra; otro suspiro, pero superior á los demás y producido por el alma, un último adiós!... Era Genoveva que se despedía de la choza de sus padres. Así continuó por algun tiempo hasta que la perdió completamente de vista. Después, volviendo los ojos á su amante, que á su lado remaba con ahinco, se puso á contemplarle con ternura en medio del silencio de la noche, turbado á cada momento, ahora por el silbido del viento y el ruido de los remos. Solo alguna vez, cuando el fuerte aire asentaba por un instante, venían á reemplazarle algunas palabras que de trecho en trecho repetían las ondas del rio, en medio de las cuales se oía un ¡Claudio! un ¡Genoveva! La diferente expresión de sonido que se notaba en estas palabras, indicaba que ambos amantes estaban poseídos de distintas emociones. Genoveva solo teme ya por su pobre pescador, mientras el pobre pescador, agitando con la mayor fuerza los remos, no se halla tranquilo hasta haber llegado al fin de la jornada. Temo, y con razon, que antes de llegar á él encuentren algun obstáculo con quien tengan que luchar obstinadamente, ó que la tormenta les sorprenda en medio de su camino. Estas dos suposiciones no eran descabelladas, porque un instante después brilló un relámpago en medio de la oscuridad, precedido de fragorosos truenos que hicieron estremecer la barquilla sobre las ondas del rio. La naturaleza toda pareció conmoverse á este imponente espectáculo, al mismo tiempo que las dormidas aves, despertando sobresaltadas en sus nidos, empezaron á cantar en tono agorero acompañadas del huracán que ya mugía con furor. Todo anunciaba la proximidad de la tormenta. Genoveva asustada se abrazó á su amante implorando la clemencia del cielo, mientras que una palidez mortal cubría el rostro de Claudio. Remaba con coraje, pero la barca ya no bogaba con tanta celeridad. Jugete de las ondas, que empujadas por el Aquilon se levantan ahora soberbias, parece una débil paloma que, presa de feroces milanos, la cortan el vuelo en medio de su carrera. «Claudio! Claudio mio!...» Genoveva! pobre Genoveva! Solo estos gritos se escuchaban de pronto, producidos por el dolor y la ternura, siempre que la barquilla, en medio de sus peligrosos vaivenes, amenazaba volcar. Genoveva! pobre Genoveva, tan joven, tan hermosa y tan desgraciada! ¿Cómo volver atrás y salvarla del naufragio? Del naufragio que ya empiezan á

sufrir, porque la tempestad ha empezado y todo anuncia que ha de ser duradera. Boga, pescador; pobre pescador, boga, que ya está cerca la ansiada orilla donde te esperan tus compañeros con la mayor impaciencia. Boga, pescador; haz el último esfuerzo y salvarás la vida á tu pobre Genoveva. Genoveva, bella Genoveva, no llores, fortalece tu espíritu de valor y anima á tu compañero. Tu compañero, sí, que haciendo un esfuerzo sobrenatural ha hecho avanzar la barca á la dichosa playa, donde sus amigos le empiezan ya á saludar con la mayor alegría. «¡Claudio! ¡querido Claudio! le gritan todos agitando sus sombreros; un esfuerzo mas y tus piés pisarán la segura tierra, y salvarás la vida de tu amada, y te hallarás en el seno de tus amigos y serás feliz. Un esfuerzo mas y tus pesares concluirán para siempre, y eterna primavera coronará tus dias. Pero ¡ay! que aunque nobles y heroicos tus esfuerzos, se estrellan todos contra la perfidia de los elementos, que pueden mas que todos los esfuerzos del hombre. Nosotros te ayudaremos, participaremos de los mismos peligros, y conseguiremos salvar la vida á tu bella Genoveva.»

Los nobles pescadores se arrojan al caudaloso y soberbio rio, luchan por largo tiempo contra las espumosas olas que á cada momento los envuelven y parecen sumirlos en la profundidad, y consiguen llegar adonde se hallan los naufragos.

¡Claudio! ¡Genoveva! murmuran los valientes jóvenes, y empujando la barquilla consiguen aproximarla hacia los bordes del rio. Un paso mas y están en salvo. Van á hacer el último esfuerzo, que solo puede inspirar el instinto de la vida cuando tenemos cerca de nosotros la muerte; pero en este momento una montaña de agua, favorecida por el huracán, vino á caer sobre el infeliz bajel, que no tuvo la suficiente ligereza para libertarse de esta acometida.

Cuando la oleada pasó, la barca habia desaparecido, y solo se vió á los jóvenes pescadores que nadando desesperadamente pugnan por acercarse á tierra. Pero ¡ay! entre los jóvenes pescadores no están ni Claudio ni Genoveva. En vano los llaman con el mayor dolor, en vano desde la orilla contemplan toda la extensión del rio, por ver si algun cuerpo flota sobre su superficie. De repente dan un grito de alegría al ver aparecer en el agua la barca de los dos amantes; pero la barca viene hecha pedazos y sola, y aquel grito de alegría se convirtió bien pronto en un grito de desesperación.

Una hora después la calma, sucediendo á la general agitación, volvió á recobrar su imperio en estos floridos contornos, y al renacer la aurora risueña como las demás mañanas, alumbró dos cadáveres que estrechamente abrazados el uno con el otro, flotaban sobre las márgenes del rio.

¡Pobre Claudio! ¡Pobre Genoveva!

VICENTE GREGORIO ASPA.

CANTOS POPULARES DE SUECIA.

HILLEBRAND.

Hillebrand servia en la casa del rey. Servia en ella hacia ya quince años.

No servia por el interés del oro, sino porque la joven Gulleborg le parecia muy hermosa.

—Escucha, joven Gulleborg, lo que quiero decirte. ¿No tienes deseos de marcharte conmigo de este país?

—Con mucho gusto me marcharia contigo de este país, si no hubiera aquí tantas personas que me celasen.

Me vigilan mi madre y mi padre, mi hermana y mi hermano.

Me vigilan mis parientes, mis amigos, y sobre todo el caballero que desea obtener mi mano.

—Yo te daré un vestido de púrpura fina, y no conocerán tu semblante rosado.

Yo cambiaré tus anillos, y no conocerán tus manos diminutas.

Hillebrand ensilla los caballos tordos, y coloca fácilmente á la joven Gulleborg en uno de ellos.

Cabalgan por el bosque, que tiene treinta millas de largo, y encuentran á un buen caballero.

—¿En dónde has tomado ese joven escudero? Me parece que no está muy firme en la silla.

—Le he tomado en casa de su madre, que por eso está derramando muchas lágrimas.

—Se me figura que conozco ese semblante rosado; pero desconozco ese traje de púrpura fina.

—Adios, adios, buenas noches. Saluda á la jóven Gulleborg; saludala mil veces.

Después que hubieron andado aun algunos instantes, Hillebrand quiso descansar.

—Oh Hillebrand, Hillebrand! no duermas ahora. Oigo los siete hombres de mi padre que tocan la trompa.

Conozco el paso del caballo de mi padre que hacia quince años que no salia.

—Cuando me lance al combate, querida Gulleborg, no pronuncies mi nombre.

Quando estemos en lo mas fuerte de la pelea, querida Gulleborg, ten mi caballo.

—Mi madre me ha enseñado á trabajar el oro y la seda; pero no tener un caballo en el combate.

Hillebrand se adelanta, y en el primer ataque mata al hermano de Gulleborg y á algunos hombres.

Se adelanta por segunda vez y mata al padre de Gulleborg y á algunos caballeros.

—¡Hillebrand, Hillebrand, deten tu espada! mi buen padre no merecia recibir el golpe mortal.

Apenas ha pronunciado Gulleborg estas palabras, cuando Hillebrand recibe siete heridas mortales.

—¿Quieres ahora volver al lado de tu buena madre, ó quieres seguir á tu jóven amigo enfermo?

—No quiero volver al lado de mi buena madre, que quiero seguir á mi jóven amigo enfermo.

Se internan en el estenso bosque. Hillebrand no pronuncia ni una palabra.

—¿Hillebrand está cansado ó triste? No dice ni una palabra.

—No estoy cansado ni triste; pero corre la sangre de mi corazón.

Hillebrand llega á la morada de sus padres, y su madre se adelanta á recibirle.

—Dime, caballero Hillebrand, ¿cómo te encuentras? Sale la sangre á borbotones de tu cuerpo.

—Mi caballo ha tropezado. Iba descuidado, y me arrojó contra un manzano.

Querido hermano, lleva al instante mi caballo á la pradera; querida madre, preparadme mi lecho.

Querida hermana, arregla mi cabellera; querido padre, vos seguireis mi ataud.

—Hillebrand! no hables así. El jueves celebraremos nuestra boda con placer y alegría.

—Nuestra boda se hará en la morada sombría. Hillebrand no vivirá cuando amanezca.

Y cuando vino la luz del día, sacaron de la casa de Hillebrand tres ataúdes.

Uno contenia el cadáver de Hillebrand, otro el de su prometida, y el otro el de su madre, muerta de pesadumbre.

A MI MADRE.

¡Madre del corazón! si te elevaras,
y dominando el anchuroso espacio
una mirada nada mas fijaras
entre tanto verjel, tanto palacio;
si al hijo tan querido divisaras
vagando triste, silencioso y lacio,
v vieras que al cruzar calles ignotas
lleva zapatos en lugar de botas:

¡Madre del alma mia, mi consuelo!
Si al verme en oracion por ti rogando,
quieto de hinojos en el duro suelo,
que yo hallo entonces delicioso y blando,
pudieras trasportarte en rauda vuelo
y mis rodillas de la tierra alzando
te pararas enfrente y distinguieras
peladas é indecentes rodilleras:

Si vieras deslizar por mi mejilla
lágrimas de amador y de poeta,
que ruedan á perderse en mi ropilla,
se ignora si gaban ó si chaqueta;
si vieras mi *morrión*, cuya feipilla
va con el aire juguetona, inquieta,
cuya copa se ostenta en mi fachada
mas que mis ilusiones elevada:

¡Me congeieras, di? ¡Con loco esceso
gritarías al vernos: ¡hijo mio!
y estrellarías en mi frente un beso
lleno de amor con estremado brío?
O al verme caminar erguido y tieso
me preguntaras ¡ay! con desvarío:

—¿Le conoceis, decid? ¿Dónde está, dónde?
¡Hijo mio! ¡le llamo y no responde!

Madre, madre, perdon. . . Una mañana
en que de vernos terminaba el plazo,
llegué do estabas con mi amor ufana
y al lado me paré de tu regazo
mi sien latiendo con violencia insana.
—Madre, dije por fin, dame un abrazo.
—¿Por qué lo quieres, hijo?—¿Te importuna?
—¿Dónde vas?—Por el mundo... á hacer fortuna.

Y lloraste, y lloré... corriendo luego
á perder el lugar de mis amores,
caminé triste sin hallar sosiego,
valles cruzando y páramos sin flores:
Después latió mi corazón de fuego,
de un pueblo divisé falsos primores,
y entré diciendo á diestro y á siniestro:
—¡Yo soy un servidor!—Muy señor nuestro.

Así contestó el mundo, y yo orgulloso
atrayendo más tales lugares,
—¡Oído y atención! grité afanoso,
venid y ved quién soy á centenares.
¿Me conoceis?... Llegad: de gloria ansioso
vengo á ofrecer mi lira y mis cantares.
Escuchad, escuchad, almas de estuco.
Y él volvió á contestarme:—Truco, truco.

¡Qué amargura! ¡ay de mí!... No comprendieron
que el alma con su risa destrozaban
los que á mi erguida frente aparecieron
cuando en tropel ideas me asaltaban.
Tal vez los miserables repitieron
si mis ardientes lágrimas brillaban,
huyéndose de mí como del coco:
—Al hospital con él... ese está loco.

¡Loco, madre, de amor! loco se llama
al infeliz que llora y al poeta,
porque dice que es triste, y dice que ama,
y se hace ver con calzas en chancleta,
porque su dulce vista no se inflama
al mágico brillar de una peseta
que del mortal la gloria hoy asegura:
trasposición se llama esta figura.

¿Qué hacer, qué hacer?... si á la locura inclina
el renombra fatal de literato;
si al mostrar el dolor que me asesina
no dejo de pasar por mentecato:
me cruzaré de brazos á una esquina
y silbando al compás de mi zapato,
esperaré á que vengan dos corchetes
para emprender con ellos á cachetes.

Madre! no puedo mas... estoy muy triste.
Llora, llora tambien como yo lloro.
Tú por el hijo que feliz creiste,
yo por verte llorar cuando te adoro.
Di al mundo, si pregunta, que aun existe
indeleble en mi mente un sueño de oro:
mas que por hoy me cuesta el ser poeta
ir con un calcetín y una calceta.

Setiembre 1850.

FAUSTO LOPEZ VILLADRILLE.

FUEGO Y HIELO.

¿Piensas que aborrecerte yo he podido,
Porque inconstante y á mi amor ingrata,
De mi pasión la ardiente catarata
Con montañas de hielo has oprimido?
¡Ay! que el fuego voraz está escondido,
Y vive, y ruge, y sin cesar me mata,
Y al corazón derrite y lo maltrata
En el sepulcro que labró tu olvido!

Pero esta llama que, entre rocas frías,
De tu helado desden conservo y lloro,
Resto es de mis pasadas alegrías.

No podrás arrancarme su tesoro,
Por mas que mengües las venturas mías,
Pues cuanto mas ingrata mas te adoro.

F. J. ORELLANA.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26, Madrid.